

aquel estrago, se dirigió hacia Toscana; y finalmente se refugió en Francia á donde lle-

gía, de Perusa. Pero ésta deliberación no se llevó á efecto, por motivo de que dos de los triunviros no pudieron redactar su acta porque se habían ausentado de Ancona.

"En el mismo día, el general de la guardia nacional, y otras autoridades de Bolonia, querían poner en libertad al cardenal Benvenuti, que estaba preso en esta ciudad; pero el coronel de la guardia nacional, señor Patuzzi, que lo tenía bajo su custodia, no quiso soltarle, y secundado por algunos guardias de su legión le llevó á Ancona.

"Toda la tropa de línea que estaba en Romagna, y además los voluntarios boloñeses, romaneses y modenenses, que formaban apenas un cuerpo de cuatro mil hombres, marcharon también hacia Ancona, esperando oponerse con buen éxito al enemigo, y colocarse en una posición más favorable que sus contrarios. En esta especie de retirada se verificó un hecho de armas glorioso para los italianos.

"Las dos columnas de las tropas nacionales, que se retiraban así de Bolonia como de Rávena, llegaron en la noche del 24 y la mañana del 25 á Rimini, con ánimo de descansar y colocarse en buen orden para evitar una sorpresa; en efecto, poco después se pusieron en marcha por el camino de la Católica, quedando tan solo en Rimini unos mil doscientos hombres entre soldados de línea y guardias nacionales, fracción de la compañía del general Olini; cuando se presentó en los alrededores de Rimini á cosa de las tres de la tarde un cuerpo que había hecho avanzar el general Geppert, compuesto de cinco mil austriacos de infantería, y de cerca de quinientos husares y dragones á caballo con cuatro piezas de artillería. Habiéndose trabado en esta ocasión una acción obstinada y sangrienta, el valor de los italianos suplió á la escasez de su número. Fueron muchos los que perecieron en la refriega, pero los austriacos perdieron tantos oficiales y soldados, que se encontraron en el duro trance de tener que retroceder precipitadamente.

"Los liberales se salvaron, y el extraordinario valor que habían manifestado en el hecho glorioso que acabamos de referir, era una prueba muy evidente de que estaban dispuestos á arrostrarlo todo por la causa del país; pero mientras que las tropas y la guardia nacional combatían en Rimini, el gobierno reunido en Ancona capitulaba para desdicha de Italia con el cardenal Benvenuti, legado á latere, á quien cedía todos sus poderes, sometiendo nuevamente las provincias insurreccionadas á la dominación de Roma. Es cierto, sin embargo, que este gobierno no se determinó á entablar la capitulación, publicada el 26 de Marzo, sino cuando tuvo la certeza de que Francia había abandonado la causa italiana, permitiendo la intervención austriaca, y de que el general Busi, antiguo y valeroso soldado del ejército napoleónico, y comandante de la provincia de Ancona, había dicho que la fortaleza de esta ciudad no podía resistir, ni siquiera pocas horas, á las crecidísimas fuerzas del enemigo. La revolución de 1831 presentó al mundo el bello espectáculo, en los pocos

garon muchos otros fugitivos para recibir una hospitalidad benévola, escasos subsidios y

días que duró, de un carácter de moralidad, de orden y de moderación sin ejemplo. Los que estaban á su cabeza, y que dirigían los negocios más importantes, supieron evitar con su sagacidad y virtud toda efusión inútil de sangre, y todos los sucesos inseparables de una defensa desesperada.

"No queremos tampoco pasar por alto, en honor de la verdad, que el conde Mamiani, sabio italiano, hombre de mérito eminente y ministro del Interior, no quiso firmar aquella capitulación, desaprobada por un gran número de patriotas y por muchos jóvenes encendidos en amor de patria, bien armados, y que veían en la capitulación mencionada desvanecerse no tan solo sus esperanzas y la causa de la revolución, sino también el honor nacional.

"Los austriacos y la corte de Roma no respetaron lo estipulado, y el general de las tropas imperiales, á pesar de la capitulación, que se le envió inmediatamente acompañada de una carta del cardenal Benvenuti, continuó su marcha sobre Ancona hasta más allá de Macerata. Al mismo tiempo la marina austriaca capturaba en las aguas del Adriático el buque que tenía á bordo la mayor parte de los individuos de los gobiernos patrióticos de Módena y Bolonia, al general Zucchi y á otros gefes de la milicia, sin contar además casi un centenar de los que se habían comprometido en los acontecimientos políticos de la Italia central. Todas estas personas fueron llevadas á las prisiones de Venecia. Las tropas enemigas y un crecido número de sus satélites avanzaron por la parte de Rieti, de Arcoli y de Terni, escitando por do quiera al pueblo contra los liberales; y finalmente, el día 28 de Marzo estalló en Arcoli una contrarrevolución, que derribó con furor el pendón de la libertad, que el prefecto Canuti tenía todavía enarbolado en aquella provincia.

"La corte de Roma publicó entonces varios edictos declarando nula la convención, y amenazando á millares de ciudadanos con la confiscación de bienes y el último suplicio.

"Gracias á los buenos oficios de los gabinetes europeos, y en particular del de Francia, los rigores fueron mitigados; y los mismos ministros extranjeros residentes en Roma, reconociendo la justicia de las quejas de los súbditos pontificios, presentaron en el año de 1831 al cardenal Bernetti, secretario de Estado, un memorandum que contenía las reformas que exigía la época y que Roma debía introducir. Esta prodigó promesas, pero quedaron sin efecto.

"Las cosas entre tanto, lejos de sosegar, tomaron un rumbo siniestro, y en el mes de Enero de 1832, los austriacos se vieron obligados nuevamente á auxiliar al papa, ocupando las cuatro legaciones. Fué entonces cuando Casimiro Perrier se determinó á efectuar una expedición á Ancona, en donde desembarcaron los franceses el 23 de Febrero del mismo año.

"La ocupación de esta plaza tenía por objeto, no solamente disminuir la influencia austriaca, sino también garantizar reformas á las poblacio-

promesas falaces. Los austriacos que ocuparon á la sazón los ducados de la Italia central y las legaciones, aterraron en Lombardia con procesos rigurosos, pero exentos de sangre; y el emperador condecoró á Metternich por haber contribuido á mantener la independencia [1] de los Estados italianos.

En el Piamonte, ejecuciones militares muy crueles sofocaron una sublevación, que habría podido comprometer al país, provocando una nueva invasión austriaca, y algunos emigrados, que se habían refugiado en Saboya, habiendo intentado más tarde penetrar en el Piamonte, hicieron derramar mucha sangre y motivaron nuevos desengaños (2). Mientras que las revoluciones del 31 se habían verificado sin el velo del misterio, en la confianza de que el gobierno francés tomaría la iniciativa, ahora los novadores se limitaron á las tramas, y apoyándose en los radicales pensaron más bien en organizar intentonas y asonadas, que en una verdadera insurrección. Menotti espirando en el cadalso había exclamado en alta voz: "No os fieis de promesas extranjeras [3]." Aquel testamento fué recogido por una sociedad que se formó entonces con el nombre de *Giovane Italia* (jóven Italia) bajo la dirección de José Mazzini, genovés; la cual apenas puede merecer la calificación de secreta, porque publica por medio de la prensa sus exhortaciones declamatorias y sus intenciones. Esta secta, que se dirigía á todos aquellos que sentían la fuer-

nes de los Estados Pontificios. Pero los franceses, después de siete años de permanencia en aquel país, y de haberse divertido en cenas, bailes y amos, no dejando tampoco de comprometer á algunas personas respetables, salieron de Ancona con la misma franqueza que entraron."

Es esta la relación compendiada de aquellas revoluciones que infamaron á muchos, y dieron á conocer á todos el valor y la generosidad de los vencidos.

[Nota del traductor].

(1) He aquí un abuso de lenguaje; el emperador llamaba independencia á lo que los demás calificaban de esclavitud.

[Nota del traductor].

(2) Entonces hizo papel desdichadamente el general Ramorino, que después fué víctima espionada de los desastres de Novara en el año de 1849.

(3) En aquella circunstancia algunos otros italianos generosos imitaron el ejemplo de Menotti subiendo al patíbulo, y entre éstos merece ser mencionado Montanari, que apostrofó al pueblo pocos minutos antes de inclinar su cabeza bajo el hacha del verdugo. Pero este desventurado, que murió con un valor heroico, no tuvo bastante tiempo para concluir su breve arenga, porque los oficiales de justicia que asistían á su ejecución, cuando oyeron resonar las palabras de *libertad, traición y derechos imprescriptibles del pueblo*, hicieron tocar los tambores y ordenaron al verdugo que cortase inmediatamente la cabeza á su víctima.

[Nota del traductor].

za del nombre italiano y el vituperio de no poderlo pronunciar con gala, excluía de su seno á los hombres de edad madura; confiaba en la insurrección armada; pretendía también sustituir con una religión nueva al catolicismo, diciendo que su tiempo había pasado; y finalmente, aunque convenía con los carbonarios en el deseo de reconquistar la patria libertad emancipándose del yugo extranjero, lejos de aspirar á una constitución quería proclamar la república; abatir todos los privilegios, y confiar en el pueblo, cuyos auxilios los carbonarios no habían buscado. Esta nueva sociedad pareció dirigirse como muchas otras, más bien á hacer mártires que á asegurar la victoria [1].

Entretanto la revolución, dando alas á la influencia austriaca en Italia, había producido efectos enteramente opuestos á las esperanzas de los patriotas; y las bayonetas imperiales dominaron en Bolonia, hasta que los embajadores extranjeros, residentes en Roma, se obligaron por parte de sus gobiernos, á conservar la monarquía temporal de la silla apostólica. Los austriacos, después de haber logrado sus deseos, se retiraron el 17 de Julio. Pero las potencias, que habían obrado por especial instigación de la Gran Bretaña, estaban creídas en que no se conseguiría nunca tranquilizar á la Romanía sin que se hicieran las concesiones que los tiempos reclamaban; y por lo tanto exigieron del papa que se formasen asambleas municipales y provinciales, elegidas por el pueblo, y una junta central con objeto de sujetar á exámen lo

(1) Las constituciones de la jóven Italia se han impreso repetidas veces en varios países, y han sido también modificadas por obra de sus adeptos. Nosotros hemos visto, hace algunos años, una edición de las constituciones de esta famosa sociedad, impresas en Marsella, pocos meses después del destronamiento de Carlos X, en tres volúmenes, y otra publicada en el Brasil. Las dos convenían en el punto de establecer una gran república central, organizada con tanto acierto, que podía rivalizar con la de Platon ó con el célebre proyecto de paz universal, salido tan completo de la cabeza del abate de Saint-Pierre, como la antigua Minerva de la de Júpiter.

La nueva religión que se pretendía plantear en aquellas constituciones, es una mezcla de principios tan indeterminados, que no admiten definiciones; y nosotros, que hemos leído gran parte de los escritos políticos del señor Mazzini, estamos convencidos de que sus principios y sus convicciones no guardan una perfecta conformidad con las ideas que están consignadas en las constituciones de la jóven Italia. En efecto, en su opúsculo titulado: "*El papa en el siglo XIX*," que se ocupa de una cuestión altamente religiosa, manifiesta principios más juiciosos, á pesar de que no son, á nuestro entender, tan puros y católicos como los deseáramos, porque no conservan aquel principio unitario y religioso que se apoya en la autoridad del jefe visible de la Iglesia.

[Nota del traductor.]

oficios administrativos; que se habilitase á los legos para ocupar los destinos públicos, y que se estableciese un consejo de Estado, compuesto de los ciudadanos mas distinguidos [1]. Promesas semejantes desplegaron un horizonte risueño á los habitantes de la Romanía; pero el edicto del 5 de Julio de 1831, hizo desvanecer esperanzas tan halagüeñas, y Gregorio XVI, declaró que el nombramiento de los consejos pertenecía al jefe de cada provincia; que en aquellos no estaba permitido entablar discusiones sino despues de haber sometido á la autoridad superior la materia que se trataba; que dependia del jefe de cada provincia el aprobar ó no la acta verbal de las reuniones; que los seculares no tomarian parte ninguna en el gobierno de las Legaciones; y rechazó con especialidad la eleccion popular en los consejos municipales y provinciales, y la creacion de un consejo de Estado secular unido al sacro colegio [2]. Finalmente, el edicto llamado de justicia del 5 de Octubre, dejaba al clero parte en las judicaturas [3].

(1) Memorandum de 21 de mayo de 1831. El emperador de Austria "no ha dejado de inculcar del modo mas apremiante al soberano pontífice, no tan solo de dar plena ejecucion á las disposiciones legislativas ya publicadas, sino tambien de darlas un carácter de estabilidad, que las colocase fuera del riesgo de toda especie de cambios en lo futuro, y asimismo le ha insinuado no impedir las útiles mejoras." Nota del principe Metternich á sir F. Lamb, 28 julio 1832.

(2) El gabinete de Viena se vió obligado á ceder sobre este punto, tanto á la legitima resistencia del papa, como á las protestas unánimes de los demas gobiernos italianos, que en esta concecion descubrian un peligro inminente y amenazador contra la tranquilidad de sus Estados, á cuyas instituciones es enteramente extraño el principio de la eleccion popular.

[Nota del traductor.]

(3) Este memorandum y la conducta de Gregorio XVI, nos revelan algunas verdades importantes, que nos vemos precisados á consignar en esta nota, porque descubren el estado en que se encontraba, y se encuentra todavía en parte, la Italia. Es cierto, como ha puesto de manifiesto repetidas veces nuestro autor en el curso de esta historia, que el principe de Metternich fué siempre el defensor mas acérrimo de la legitimidad de los tronos, é indeciblemente terco en otorgar concesiones á los pueblos insurreccionados, hasta el punto de constituirse en abogado y ángel tutelar de Mahoma, defendiendo la media luna en menoscabo de la cruz. Pero á pesar de esto, vemos en el memorandum, que el principe de Metternich, cuyas palabras eran un oráculo para el gabinete de Viena, confiesa, con signos de aprobacion, que el emperador ha hecho las mas vivas instancias á la silla apóstolica para reformar su administracion interior. Sin embargo, el memorandum no surtió los buenos efectos que se esperaban, y últimamente, el gabinete de Viena y Metternich guardaron silencio, lo que nos da á

Sin embargo, continuaba estando todavía armada la milicia urbana para mantener la

conocer que aquel ministro comprendia instintivamente, y no guiado por los principios de una buena politica, las exigencias de la época; y que no entró nunca en sus cálculos, que el verdadero interes de las monarquías y de la humanidad entera, consiste en poner en juego todos los medios para que se introduzcan las reformas necesarias sin efusion de sangre. En cuanto á Gregorio, sin entrar en pormenores, diremos, que aun cuando le hubiesen aconsejado mal, no necesitaba de mucha perspicacia para haber llegado á conocer, que los intereses temporales de las personas interesadas en mantener los abusos del poder, son muy distintos de la santidad é inviolabilidad de las doctrinas religiosas. El doctísimo Balmes, en su opúsculo titulado Pio IX, se esfuerza en defender á Gregorio XVI, diciendo, como otros han repetido despues: "que á un papa decrepito no convenia intentar reformas." Pero nosotros hemos contestado á semejante sentencia en otra ocasion con las palabras siguientes.... Un buen soberano, aunque decrepito, puede lanzarse en el camino de las reformas con la viva esperanza de un éxito feliz, siempre que éstas no requieran trabajos preparatorios, y su pronta ejecucion lejos de encontrar estorbos é infundir recelos en las córtes extranjeras, sirve únicamente para aligerar las angustias del pueblo.

Pasando ahora del Estado pontificio á los demas reinos de Italia, observamos, que el mismo gabinete de Viena, despues de haber sofocado con sus soldados las revoluciones, no dejó de insinuar á los monarcas italianos la introduccion de las útiles reformas. En efecto, despues del año de 1820, el emperador de Austria y Metternich, obligaron á Fernando I de Nápoles á quitar la cartera de ministro de policía y á espulsar fuera del reino al atroz principe de Canova; y finalmente, cuando se manifestaron en el 48 los primeros amagos de revolucion en la peninsula itálica, los periódicos adictos á Metternich, como hemos notado mas arriba, dijeron que el Austria estaba muy pronta á otorgar á los italianos todas las concesiones que los tiempos exigian. Estos pormenores de historia contemporánea nos ponen de manifiesto que el malestar de Italia es un hecho consumado y no un problema; y que está en el interes de todos los gobiernos mejorar su situacion política.

Pero estas observaciones generales acerca de un país, que es nuestra queridísima patria, podrán excitar la curiosidad de nuestros lectores acerca de las opiniones gubernativas que profesamos, y de nuestras convicciones, tanto con respecto á Italia, como á los demas estados de Europa: hétémos, pues, prontos á satisfacer esta curiosidad. Los hechos que hemos presenciado, hace ya treinta años, y muchos de los que hemos leído, nos obligan á confesar que con respecto á las cosas políticas hemos abrazado el mas completo ateísmo, porque creemos que este sistema, que juzgamos el mas monstruoso y un exceso de demencia en materia de religion, es el mas á propósito en la politica para sujetar á un exámen detenido é imparcial todo lo que sucede en Europa, y leer

tranquilidad pública. Fué entonces, tambien, cuando una diputacion de honrados ciudadanos espuso al gobierno una peticion con objeto de solicitar aquellas mejoras que podía exigir el país, porque eran muy oportunas á su situacion. Pero en vez de darse oido á las justas pretensiones, se aumentaron los impuestos para pagar los gastos que habia ocasionado la guerra, y mantener un cuerpo de suizos; y finalmente, mientras que se aglo-

con la sonrisa del escarnio las tantísimas cosas, que con un aire de sosiego mas ridiculo, que el de don Quijote, insertan en sus columnas los periódicos de todos los colores. Así que, sin comprometer nuestra conciencia, podemos mañana preferir, si es bueno y conforme con las reglas de justicia y moral, el gobierno del sultan de Constantinopla, ó del emperador de Marruecos, al de los Estados-Unidos de América ó de la Confederacion helvética.

Pero á fin de que interpreten bien nuestros lectores el verdadero sentido de nuestra proposicion, nos vemos obligados á advertirles, que nuestro ateísmo político de hecho no abraza el derecho, porque este último, que se apoya en las doctrinas de lo justo, no está sujeto al capricho de los hombres que hacen perder muchas veces la brújula que puede conducirnos á salvacion. Diremos, pues, que considerando las diversas constituciones políticas posibles, nosotros las encontramos todas buenas y tambien excelentes y magníficas, siempre que imponen leyes justas y las hacen escrupulosamente ejecutar. La democracia, los gobiernos aristocráticos, las monarquías hereditarias, electivas ó representativas y hasta la olocracia, como la de Pericles en Atenas y de Lorenzo el Magnífico en Florencia, son laudables y dignas de ocupar un puesto preferente, cuando no tienen mas norte que la felicidad comun; cuya idea está tan arraigada en los corazones, que nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro. Así es, pues, que el que quiera sofocarla no podrá nunca conseguirlo, aun cuando tenga á sus órdenes millares de bayonetas, porque éstas no resisten á los embates del tiempo que las rompe, al paso que las opiniones y las voluntades con el trascurso de los años se consolidan, se asocian y toman formas gigantes. Las fuerzas inmensas de la Gran-Bretaña, se convirtieron en débil junco trasladadas al otro hemisferio; la Holanda, despues de haber intentado vencer á los belgas, vió levantarse un reino rival sobre sus escombros; tres dias bastaron para cambiar en Francia una dinastia por otra; un puñado de hombres vencieron al sultan, y el gran conquistador del siglo? ¡Murió en Santa Elena!

Pero nuestros lectores podrán reconvenirnos, diciendo, que al hablar de Italia nos hemos extralimitado pasando á otros asuntos políticos muy distintos: sin embargo, no deben perder de vista que algunas tesis, diferentes en apariencia, tienen un mismo fondo, y que si las ideas que hemos emitido no son enteramente inútiles, pueden aplicarse con especialidad y mayor provecho á Italia que á los demas estados.

[Nota del traductor.]

meran peticiones y quejas, el gobierno de Roma contrae un nuevo empréstito; organiza nuevos cuerpos de voluntarios, que escoge de un modo ó de otro, segun puede; y piensa en disolver la milicia urbana.

Estas medidas encendieron en ira al pueblo, y hubo amagos de reaccion; por lo que el cardenal Albani, comisario extraordinario (10 de Enero de 1832), informó á los representantes de las varias potencias de que las tropas pontificias se preparaban á desarmar á las legaciones. Todos los gobiernos extranjeros, á escepcion de la Gran Bretaña, aprobaron la resolucion de la corte pontificia; pero á pesar de esto, aquel acto no pudo llevarse á cabo sin oposicion interior (21 de Enero). En muchos puntos hubo escaramuzas, y en Cesena un hecho de armas formal. El Austria entonces pensó en invadir nuevamente al país, y las reformas comenzadas se suspendieron. Pero he aquí tres buques franceses, los cuales despues de haber atravesado con desusada rapidez el faro de Mesina, van á ocupar á Ancona (23 de Febrero) con intencion, por lo que parecia, de neutralizar la preponderancia de la invasion austriaca. Al recibir el papa la primera noticia de lo que acababa de pasar, se quedó estupefacto; pero despues de haber titubeado algun tiempo acerca de lo que debia resolver en tan crítica situacion, consintió en que los franceses permaneciesen en Ancona, mientras que los austriacos ocupaban la Romanía.

Este acto robusto era una especie de concesion, que hacia el ministerio francés á los liberales, que se estremecian al ver la Italia á la merced de los austriacos; y aunque los franceses se presentaron entonces mas bien como agentes de policía que asisten á los actos de represion contra los patriotas, que como libertadores ó tutores de los derechos del pueblo, el pendon tricolor que se desplega al viento bajo el cielo de Italia, no dejaba de ser un simbolo de esperanza para muchos, no desengañados todavía de los auxilios fementidos del extranjero.

La tea revolucionaria encendida en Bélgica y en Polonia tenia un carácter mas sério, y daba á conocer que no seria tan fácil sofocarla. Los polacos tenian en su apoyo voluntades generosas, aquel poder que dimana de los sacrificios, el uso en el manejo de las armas, y aquella nombradía de esforzados, que los italianos no poseen. Sin embargo, la Polonia no produjo en esta ocasion aquellos hombres resueltos, los cuales están muy lejos de ignorar que no se emprenden revoluciones para detenerse en el medio de las grandes operaciones. Mientras que clamaban todos en la Lituania con un ardor extraordinario, pidiendo aquella fraternidad que da á las revoluciones un carácter invencible, Chlopicki, que no hacia mas que reprimir el movimiento, fortificó á Varsovia como si estuviese próxima á ser acometida por un enemigo, á cuyo encuentro debía ha-



ber salido fuera del confin; mandó cerrar los clubs; ordenó el arresto del republicano Lewel, erudito de gran fama y muy bien querido de la juventud, y últimamente, suprimió la proclama majestuosa en que Polonia había consignado sus propias desventuras.

La Rusia se encontraba en crítica situación, porque á mas de estar exhausta con motivo de la guerra contra la Puerta Otomana, le amedrentaba la idea de ver desplegadas en el mar Negro las velas de los buques de Francia é Inglaterra; por otra parte la acosaban la Persia, los tártaros, los habitantes del Cáucaso enconados contra su yugo, y la Suecia, siempre en atalaya para recuperar la Finlandia. Añádese á esto el cólera, enfermedad terrible que había empezado á devastar desde el año de 1817 el Asia y el Africa. El ejército ruso se contagió de aquel mal en la guerra de Persia, y lo llevó á su patria, se comunicó despues á Polonia, y se propagó finalmente en Europa por la via de Berlín y Viena [Setiembre de 1831], pasando de Hamburgo á Inglaterra (1) para herma-

(1) Llegó á París en el mes de Marzo de 1832; á las dos Américas en el de 1833; á España, á los estados berberiscos, y nuevamente á Francia, en los años de 1834 y 35 y á Italia en el de 1836 [a].

(a) El fatal cólera descargó con especialidad sus rayos tremendos contra España y la isla de Sicilia; en ambas partes se escedió el pueblo por sus infundadas y ridículas sospechas de envenenamientos; pero á la desventurada Sicilia le tocó también sufrir graves ultrajes por parte de un ministro furibundo, cuya maldad conoció finalmente el monarca de Nápoles, y le expulsó de su reino cuando estallaron los primeros movimientos políticos en Italia en el año de 1848. Este ministro, tristemente célebre, como publicaron en aquella época los periódicos de toda Europa, es don Francisco Javier Delcarretto, ex-ministro de policía, y causa de tantas desgracias en el reino de las Dos Sicilias. Durante el cólera, los catanenenses y los siracusanos locamente se revelaron, y bajo pretextos de envenenamiento proclamaron, mientras que les esperaba de un momento á otro la mortaja, la independencia de Nápoles. Nosotros sabemos muy bien que cada gobierno constituido tiene un derecho en castigar á los súbditos rebeldes; pero ningún ministro tiene facultad de traspasar los límites de su misión y escederse en crueldades que hacen estremecer á la humanidad. Delcarretto, además de haber hecho pasar por las armas y condenar á penas muy duras á algunas personas, que no podían merecer mas que castigos correccionales, llegó hasta el punto de haer acompañar al cadalso las víctimas con la música del coro de Julieta y Romeo, del maestro Bellini, siciliano y natural de Catania, para envilecer en su terrible ira también al genio de un compatriota de los que iban á ser ejecutados. No contento con esto, pasaba, para insultar aun mas la pública calamidad, las noches enteras bailando en el palacio de la municipalidad, que estaba preci-

nar su poder esterminador con las vicisitudes de aquellos años azarosos. La indómita ferocidad de este mal nuevo para los médicos y cuyos síntomas son tan parecidos á los de un envenenamiento; y la mala fe de algunos gobiernos que obligaban á creerlo contagioso ó epidémico, segun su propio interes, exaltaron la imaginación del populacho hasta el punto de que produjo casi en todas partes sublevaciones, asesinatos y falsas creencias contra supuestos envenenadores. La fuerza que se juzgaba necesaria para prevenir ó preveer este nuevo azote, aventajó á los gobiernos, por la sencilla razon de que los cordones sanitarios sirvieron también para impedir la circulación de las ideas: y la atención de los individuos, desviándose de las cuestiones políticas, se dirigió á la conservación personal.

Los franceses, que en las cámaras disputaban mas bien acerca de los negocios esteriore que de los propios, se apasionaron por los que suelen llamarse los franceses del Norte [los polacos]; pero ¡cómo auxiliar á una nación tan separada de la suya (1) y que no te-

samente en la calle por donde debían atravesar las víctimas condenadas al patíbulo al romper el alba (hora que Delcarretto había designado para aquellas ejecuciones). Así, pues, todas las mañanas, los que transitaban aquella calle y los que concurrían á los bailes del ministro, los cuales se prolongaban hasta el levantarse el sol, oían en la madrugada dos músicas, una del wals y de las contradanzas, y la otra del coro fúnebre de Julieta y Romeo que acompañaba á los que debían ser fusilados. Cosas semejantes fueron referidas al monarca de Nápoles, el cual últimamente exoneró á Delcarretto y le obligó á abandonar inmediatamente la capital.

[Nota del traductor.]

(1) Haco seis años que no falta á la causa de Polonia la esperanza, nuestros votos y nuestras simpatías. En realidad el gobierno francés no quiere, ó para hablar con mayor propiedad, no puede socorrer á una nación que por tantos títulos nos es apreciable, pero de quien nos seperan insuperables é inaccesibles barreras. El gobierno francés ha prodigado los votos y las simpatías; pero en medio de unos y de otras la nacionalidad polaca ha perecido.—Discurso pronunciado por M. Cusin: sesion del 4 de Enero de 1838.

[El traductor.]

....En cuanto á la cuestion polaca, no creo que haya ninguna que deba escitar mas nuestras simpatías: aquí seria permitido tratar, si no con amargura, al menos con un poco de ironía, la política sentimental: la cuestion polaca hubiera producido una guerra general, y había además una razon de imposibilidad. Yo fui, no diré el mas útil, pero uno de los mas útiles discutidores de esta cuestion, y puse en claro las dos razones sacadas de la imposibilidad y de la guerra general.—Mr. Thiers en la cámara de diputados de Francia: sesiones del 10, 11 y 12 de Enero.

[El traductor.]

nia ni siquiera un puerto de mar! Pensábase inspirarle valor con reconocerla y enviar algunos gefes para sostener á los demócratas, ó escitar á la Turquía con una poderosa diversion para que emprendiera la guerra.

Pero Francia, para ayudar á Polonia debía romper las hostilidades contra todas las potencias, y dejar entretanto desguarnecidas sus propias fronteras, en una época en que las facciones se enfurecian en su seno, y los monarcas se manifestaban en sus respectivos confines aterrizados con motivo de tantos y tan inesperados acontecimientos. La Convencion en el año de 1792, lo había podido todo, porque en su interior nada reclamaba una proteccion á no ser la guillotina.

El Austria, aunque aborrece la idea de toda insurreccion popular, conocia muy bien que la nacionalidad polaca habría sido una barrera oportuna contra Rusia; pero no era para ella un leve cargo la prevision de las consecuencias que traería consigo el antiguo reparto, así que temblaba pensando en que podía perder la Gallizia; y aun mas la hacia estremecer la idea de que los húngaros, que querían enviar víveres, municiones y hombres de armas á la nación consorte, no dejaban de tomar aliento con su ejemplo para reivindicar también ellos sus antiguos privilegios. Por otra parte, la Gran Bretaña no quería enemistarse con Rusia, y la incitaban contra Francia los antiguos rencores de Pitt. Así es, pues, que la Polonia abandonada de todos, no tuvo mas apoyo que su solo brazo.

Entonces destituyó á Clocpicki; anuló la dictadura; eligió generalísimo á Radziwill, y pronunció decaídos á los Romanof; pero interiormente desgarraban sus entrañas la division de los partidos y la miseria; así que no era difícil el adivinar que pereceria, porque la lucha mediaba entre la aristocracia y el monarca, y no entre éste y el pueblo. Para evidenciar este aserto, basta tan solo citar la prohibicion decretada de proponer la emancipacion de los lugareños. En efecto, en este país, que es el mas guerrero, no había entonces sino setenta mil soldados de línea bien armados, para pelear contra ciento veinte mil rusos aguerridos por las recientes victorias, con cuatrocientos cañones, y provistos de municiones y víveres por el Austria y la Prusia, que acosaban desde sus confines á los insurgentes. Por otra parte el cólera marchaba paso á paso con ellos, y sembraba de cadáveres horribles el camino. Diebic, bajo cuyo mando estaban los polacos, parecía poco resuelto; pero murió de repente, le siguió al sepulcro Constantino, su esposa le hizo compañía, y el mundo sobrecogido de espanto vió el poco trecho que separaba á aquellos cadáveres de la aparicion de Orlof. Este enviado de San Petersburgo pactó con Prusia, la cual por este medio, aunque no hizo un papel decisivo, vino á ser la base segura de las operaciones estratégicas dirigidas por Paskewic, vencedor de los persas.

Mientras que Rusia obraba tan resuelta-

mente, se desalentaban los polacos por los procedimientos vacilantes de su propio gobierno. El voto de los mas decididos era el de incendiar á Varsovia, perseguir por do quiera á los rusos, y escitar á la rebelion á los lituanos y á los turcos; pero Radziwill, hombre honrado é irresoluto, en vez de seguir el impulso general contra el enemigo, concentró las tropas al pié de las murallas de la capital, inutilizando de esta manera los prodigios del valor polaco, que se habían distinguido en todas partes. Skrzinechi, elevado al grado de general, desconfiando también de la victoria, entabló negociaciones, y esperó en Varsovia á Paskewic que avanzaba. Dembinski entre tanto no había podido lograr una sublevacion en Lituania para dividir al ejército ruso; y el republicano Dwer-niski que marchaba victoriosamente, habiéndose visto obligado á atravesar una parte del territorio austriaco, cayó prisionero.

Los demagogos, mas poetas que estadistas, ensañaban en esta ocasion al pueblo contra la aristocracia, divinizando á los oprimidos é inmolando á los nobles sobre las gradas del altar de aquel ídolo, á quien incensaban en un tiempo en que se necesitaba mas concordia. En tanto el vulgo irritado por los desastres, se escedió en Varsovia en escenas sanguinarias, provocadas tal vez por Krukowicki, el cual adquirió por este medio el poder supremo. Pero Paskewic había llegado ya bajo las murallas de Varsovia; y los polacos, cuando les interesaba mas reconcentrar sus fuerzas, las enviaron á varios puntos para buscar provisiones. La superioridad de la artillería hizo triunfar á los rusos, y el día del nacimiento de la Virgen, sagrado en Polonia por la antigua devocion á la reina de los ángeles, y por la victoria conseguida en aquel mismo día en Viena (1) contra los tur-

(1) La Polonia y la Italia, á quienes la desgracia ha hermanado, son las dos naciones que derramaron su sangre y empuñaron las armas para libertar á la Europa del alfange del cruel musulman. Pero el cortante acero que arrancaron de la mano de los fanáticos satélites de Mahoma para entregarlo á los reyes de la cristiandad, hirió de muerte á estas dos naciones generosas.

¿Chi salve di Europa le trepide genti
Facea della rabbia del crudo Ottoman?
Polonia col Ferro de l'aste lucenti,
Venezia frai rischi de l'ampio Ocean.
¿Quai ferve di grazie, che lieta fortuna
Fu premio ad entrambe de l'alto valor?
Inghiotte Venegia la nera laguna,
Polonia diserta d'un empio il furor.

RICCIARDI.

¿Quién salvó de Europa la misera gente
Del impetu ciego del fiero otomano?
Polonia vibrando el asta lucente,
Venecia en los riesgos del ancho Océano.

¿Y cuáles mercedes, cuál noble fortuna

cos, Varsovia sucumbió. Entonces el genio polaco cruzó los brazos sobre su pecho y fué á recostarse en su ensangrentado sepulcro. Fué entonces cuando el ministro Sebastiani anunció á las cámaras francesas, que *el órden reinaba en Varsovia* (1).

A pesar de los pactos establecidos en el congreso de Viena y de las protestas de los gabinetes de Francia é Inglaterra, el reino de Polonia fué incorporado al imperio ruso como una conquista. En virtud de aquel mismo acto se concedió á Cracovia quedar libre; pero con la espesa prohibicion de tener fuerzas armadas. Sin embargo, los rusos la ocuparon, y en el año de 1846 fué invadida por el Austria y sujeta á su poder. La Gran Bretaña entonces protestó nuevamente; pero no se creyó obligada á romper las hostilidades por semejante causa.

Los polacos, despojados de su patria, se trasladaron á paises extranjeros, brindando con su valor y sus servicios á todos los insurgentes de Europa y América, y proclamando, convertidos en objeto de universal compasion, que Polonia no *ha perecido*. Algunos de estos desventurados pagan en la Siberia la tremenda culpa de haber anhelado ser una nacion.

Pero, ¿quién puede penetrar en los designios de la Providencia, para adivinar si ésta prepara, por medio de la tiranía, aquella emancipacion de los siervos, que habria hecho bendecir eternamente á la revolucion polaca, si hubiese osado á tanto?

CONSOLIDACION DE LA BELGICA.

El mal éxito de la insurreccion polaca habia convencido al mundo de que no es posible con la fuerza sola sustraerse á un dominio regular, aunque aborrecido, y otros pueblos insurreccionados se preguntaban á sí mismos: ¿puede conseguirse el fin suspirado cuando el interes de otras naciones apoya las concebidas esperanzas? Aquellos mismos que compusieron á Europa en el año de 1815, ¿consentirian en reformarla si hallasen las exigencias conformes con las reglas de justicia?

Cuando el papa reprobó la revolucion de Polonia con una encíclica, "improperio ar-

De entrambos premiaron el alto valor?
Tragóse á Venecia la negra laguna,
Despuebla á Polonia del czar el furor.

VENTURA DE LA VEGA.

[Nota del traductor.]

(1) Sebastiani, italiano, natural de Córcega, abogó siempre contra Italia y los oprimidos, llevando su poco decoro hasta el punto, como se lee en el texto, de llamar *restauracion del buen órden* el pesado yugo que hizo inclinar bajo el hacha rusa la cabeza de los polacos.

[Nota del traductor.]

rojado sobre un cadáver (1), los católicos de Bélgica enviaron á la silla apostólica, para que el pontífice se explicara acerca de la causa de sus agitaciones contra Holanda, porque les amedrentaba la idea de encontrarse en oposicion con el jefe de la Iglesia en un asunto que se habia emprendido á nombre de la religion. Pero éste dijo, que mediaban razones de una índole muy diversa entre los polacos y los belgas, pues que éstos habian sido impulsados á sublevarse con motivo de los obstáculos interpuestos á sus creencias, lo que justificaba la causa de su insurreccion. En efecto, ésta únicamente prosperó, brotando de su seno una constitucion y una dinastía nueva, ó mas bien otro pueblo que se creó sin guerra civil ni exterior (2).

(1) Esta encíclica, que hizo gran ruido en Europa, y estremeció á los liberales sin agrandar á las conciencias mas timoratas, nos ofreceria materia de reflexiones muy profundas y capitales, si nos fuesen permitidas en los estrechos limites de una nota. Nos contentaremos, pues, con indicar algunas pocas reflexiones fugaces, pero muy oportunas para el caso. Casi todos los polacos son católicos; las consecuencias que traeria consigo la victoria de las armas rusas contra Polonia no podian ser favorables á la pureza del cristianismo; la nacionalidad es un derecho sagrado é imprescriptible; el reparto de Polonia fué un hecho consumado cada vez, pero nunca reconocido como un derecho perfecto por los mismos monarcas que se apoderaron de sus provincias; la constitucion concedida á los polacos por Alejandro, no abrazaba á toda Polonia y habia sido cercenada; la encíclica, pues, no tenia toda aquella fuerza de razones que podia desearse. Sin embargo, nos da la idea mas majestuosa del gran poder celestial del catolicismo, invocado por los mismos que no pertenecen á su gremio, siempre que necesiten el elemento centralizador y pacificador por esencia.

[Nota del traductor.]

(2) Lo que dice nuestro autor es tan cierto, que la independencia belga, reconocida por las potencias, despues de la conferencia de Londres, llenó de estupor al mundo entero, y es todavía un problema cómo la Francia no se haya obstinado en agregar la Bélgica á sus departamentos, siendo un pais tanto topográficamente considerado como respeto á su índole, á sus costumbres y á su lenguaje, casi enteramente francés. En efecto, todos los periódicos de aquella época, publicaron artículos muy amargos contra Francia, y muchos de sus escritores calificaron casi de atentado contra la prosperidad nacional, la institucion de un gobierno independiente en Bélgica. Mr. Luis Carné en su obra: *Des intérêts nouveaux en Europe depuis la revolution de 1830*, que hemos citado en otro lugar, trata con especialidad el asunto en cuestion, y despues de compendiar la historia de Bélgica en pocas páginas, y referir los pormenores de la conferencia de Londres, vaticina que dentro de veinte años la Bélgica será agregada al territorio francés. Su profecía tiene algo de aquel atrevimiento y petulancia tan propios de los escritores franceses; pero no puede negarse que es-

La conferencia de Londres declaró [20 de Diciembre, 1830], que las potencias habian unido la Bélgica y la Holanda para conservar el equilibrio europeo en la confianza de que estas dos naciones se fundirian; pero habiendo demostrado la esperiencia la imposibilidad del hecho, se veian ahora obligadas á echar mano de otros medios para conservar la paz. Se admitian con esto enviados del gobierno provisional, y aquel país se sometia inevitablemente á las negociaciones diplomáticas.

Pero ¿qué bases dar á la separacion, y qué especie de gobierno preferir?

Los mas discretos, conociendo muy bien que si se obstinaban en querer constituirse en república, la Europa les habria oprimido, amedrentada de un ejemplo que podia ser contagioso, y conociendo por otra parte que si preferian el gobierno monárquico les habrian impuesto los extranjeros un rey, juzgaban que les convenia mejor unirse á Fran-

ta en el órden y en la marcha del progreso europeo, que Bélgica se una tarde ó temprano á Francia, como Portugal á España.

Antes de concluir esta nota, vamos á insertar un trozo del mismo Mr. Carné, que forma parte de su obra y sirve de introduccion á lo que dice en seguida acerca de la nacionalidad belga, no tan solo porque emite este autor algunas ideas preliminares, que merecen llamar la atencion del discreto lector, sino tambien porque llevan el timbre de una ira nacional, que tiene algo de cómico-serio, como casi todo lo que desemboca de los Pirineos. "Un extraño fenómeno se produce en Europa; en un momento en que las nacionalidades desaparecen bajo la influencia de las ideas generales, y parecen aniquilarse bajo un nivel comun, un pueblo irgue su frente, y reclama su admision en el rango de los estados independientes, alegando un título que las convenciones diplomáticas han rechazado por el espacio de cuatro siglos. En un momento en que los grandes estados se han convertido en una necesidad tan fuertemente sentida, y que el sistema entero de la Europa se esfuerza en dirigirse hácia esos centros principales, una nacion se fracciona y rasga el contrato de union, que le aseguraba una alta importancia política y comercial. Estos votos de divorcio ¿han traído su origen de las teorías revolucionarias, ó de un sentimiento verdaderamente íntimo? ¿La esperanza de constituir una nacionalidad belga tiene su fundamento en la historia, ó se apoya en el genio popular? ¿este deseo se ha abierto camino desde la conferencia de Londres para descender hasta el seno de los hogares domésticos?"

Para tranquilizar la exaltacion que ha debido producir esta plática á Mr. Carné, habria sido necesario darle una bebida muy atemperante, y si vive aún (que nosotros lo ignoramos), le haremos esta pregunta: ¿puede ser una nacion, por muy pequeña que sea, menos feliz con su independencia, gobernada por un excelente monarca como el de Bélgica, de lo que seria uniéndose á una gran nacion que varia de gobierno todas las semanas?

[Nota del traductor.]

cia en vez de abogar en favor de una independencia débil y espuesta á mil intrigas.

La Francia, si hubiese obrado por su solo impulso, habria, cuando no fuese otra cosa, tramado los hilos para efectuar mas adelante la reunion de Bélgica, que entonces no se osaba proponer. Pero Luis Felipe, habiéndose conformado con las resoluciones establecidas en la conferencia de Londres, rechazó con firmeza la agregacion de Bélgica á Francia; por lo cual se estableció fundar en aquel país una nueva dinastía. Las negociaciones se prolongaron escesivamente, y los protocolos, que se sucedian unos á otros cada vez mas en manifiesta contradiccion, revelaban la incertidumbre de una política que no tenia por guia un motivo de interes superior: y últimamente fué saludado rey de Bélgica Leopoldo Coburg (1) habiendo logrado la corona por cincuenta y dos votos contra cuarenta y tres (4 de Junio de 1831); pero el rey de los Paises Bajos se obstinó en rechazar todos los pactos y se puso en pié de guerra. Entonces la Francia, violando ella misma la no intervencion que habia proclamado, hizo marchar cincuenta mil hombres bajo las órdenes del mariscal Girard; y en la toma de Amberes dió una prueba brillante de lo mucho que se habian perfeccionado las artillerías. Apenas se retiró el rey Guillermo, los franceses evacuaron el territorio belga.

Quedaban, sin embargo, por ventilar las condiciones de la separacion. Los Paises Bajos pretendian la misma demarcacion de confines designada en el año de 1790, y no querian aceptar mas deuda pública que la del año de 1830, al paso que la Bélgica pretendia que los confines fuesen los de 1830, y la deuda reconocida la de 1790. Pero se es-

(1) La historia de la humanidad y de una política paternal, eternizarán la memoria del actual monarca de Bélgica, no tan solo por su lealtad y justicia en gobernar, sino tambien por su acto heroico en los últimos acontecimientos del año de 1848. Este monarca bondadoso, habiendo conocido que algunos necios, mal intencionados, querian conmovier á las masas para proclamar la república, reunió el consejo de ministros y á algunas otras personas de las mas notables del país, y les dijo: "Señores: soy rey porque vosotros lo habeis querido; no he ambicionado nunca la corona; tengan, pues, entendido mis súbditos, que por mi causa no se derramará una gota de sangre; explorad las voluntades, y si creéis que os conviene la república, decidmelo, que yo no me tomaré mas trabajo que el de volver á mi casa." Estas palabras, dignas de uno de los varones ilustres de Plutarco, produjeron una aclamacion general en favor de Leopoldo. Pero son pocos los príncipes que saben ó pueden hablar de la misma manera, porque los remordimientos y la ambicion acosan casi á todos los hombres, que temen las consecuencias de una conducta no muy pura.

[Nota del traductor.]